
El último viaje de Galdós

de Laila Ripoll y
Mariano Llorente



El último viaje de Galdós

de Laila Ripoll y Mariano Llorente

En memoria de Antonio Lozano, amigo del alma

PERSONAJES

BENITO PÉREZ GALDÓS

EMILIA PARDO BAZÁN

RUTH MORELL, también conocida como Concha o Conchita

LORENZA COBIÁN, la madre de la hija de Benito

DOLORES, la madre de Benito

SISITA, el primer amor de Benito

FRANCISCO, a secas

PRIMERA PARTE

DOLORES

Un músico interpreta retazos con una viola (parte de la viola del «Quinteto de cuerda en do mayor» de Beethoven.)

—Mi niño, mi dulce niño, tan enfermizo, tan frágil, tan débil, tan fantasioso... mi niño, que era mi encanto, mi alegría, mi ser, todo cuanto quería tener en la vida mortal y en la otra... sí, en la otra, quiero tenerlo aquí, conmigo, en la eternidad... Y no, no me lo quitarán. No podréis quitármelo, no os lo permitiré... Amo tanto a mi hijo... lo amo tanto que lo siento un ser semejante a mí, inferior a mí, dentro de mí misma, un alma para los dos... No, no quiero que sus ideas, sus sentimientos nos separen... No puedo soportar que sus ideales discrepen de los míos, porque si es así siento que no es mío, que no soy suya, que me roban el alma...

Y la vida le ha enseñado a mi pobre ángel tantas cosas malas... Ay, mi niño, yo siempre he velado por ti... pero el enemigo era poderoso y grande, muy grande. Las tentaciones eran muchas y a ti, frágil y quebradizo, siempre te faltó coraje, la Fe y la brava que a mí me sobran. Por eso tuve que tomar decisiones

por ti, por eso te tuve que separar de mi lado, ángel mío. ¿Lo entiendes, mi niño? ¿Verdad que tú lo entiendes? Siempre creí que enviándote lejos te conservaba para siempre... que algún día comprenderías qué madre tienes y de qué abismos de perdición supe apartarte... esa muchacha... esa familia... Hijo, hijo querido, ¿dónde está, dónde, aquella conformidad dulcísima entre tus pensamientos y los míos? ¿Dónde está aquel niño de ojos profundos que me sonreía desde la cuna y me lanzaba sus bracitos? Vuelve, vuelve a mí ahora, en el momento postrero. Vuelve a la Verdad, vuelve al seno de tu madre amorosa, que te adora. ¡Qué dulce va a ser besarte y cómo se va a refrescar mi alma, abrasada con tantos rencores! ¿Por qué no habrás permanecido niño siempre, siempre...? Siempre frágil, siempre tímido, siempre asustado, siempre mío... únicamente mío.

Pero ahora, querido, chiquito, pajarillo, me has llamado de nuevo. Desde esta oscuridad perpetua he escuchado claramente tu voz diciendo imamá! No madre, no. Eso es muy formal, muy severo... No. He escuchado claramente cómo decías: mamá. Mamá, la palabra más hermosa, más dulce, la que mejor suena: mamá. Cierto es que en vida pocas veces me llamaste así... quizá de pequeñito, de muy pequeño. Me llamabas en la noche cuando tenías miedo, me llamabas en las largas siestas del verano, cuando te aburrías, cuando estabas enfermo, cuando reclamabas un beso o una caricia que yo no te daba... Las caricias hacen a los hombres débiles, los besos los afeminan, les quitan su fuerza. Pero en tu caso parece que dio lo mismo. El castillo que fuiste por fuera era de crema por dentro. Después se acabaron las pamemas, las zalamerías, los sentimentalismos... me convertí en «madre» y me tratabas de usted, como debía de ser, como mandan las reglas de la buena educación, como dictaba el respeto.

El respeto, me río yo ya del respeto. El respeto no es hablar de usted a una madre. El respeto es otra cosa... pero de eso también me he dado cuenta después de muerta.

Vuelves a ser niño, grandullón. Aquel hombre que era como una fortaleza se ha hecho pequeñito de nuevo. No eres más que un viejecillo arrugado, poquita cosa, un cominín perdido en esa silla, mi querido bebé. Vuelves a necesitar de una mano que te alimente, de unos brazos que te transporten, de alguien que te cambie los pañales, de una voz que te oriente en lo oscuro, de una presencia que te quite el miedo, te quite el aburrimiento, te sane, te acaricie y te bese.

Vuelves a necesitar a mamá, mi cielo, y aquí estoy. Esta vez sin limitaciones, sin educación, sin pensar en el futuro. Esta vez para ti todos mis abrazos y todos mis besos. Y ya nunca más «madre», nunca más de usted. Solamente «mamá», para siempre y únicamente «mamá».

Ahora... pajarillo mío, ¿me habré ganado por fin tu respeto?

Pasa pronto, noche de ansiedad... por la mañana... por la mañana mi niño y yo estaremos juntos para siempre.

EMILIA Y CONCHITA

Un músico interpreta retazos con un violín (parte del violín del «Quinteto de cuerda en do mayor» de Beethoven.)

Una voz canta desde arriba una canción grosera con una notable mala y doble intención. EMILIA está hastiada, como quien lleva discutiendo con un niño mucho tiempo.

EMILIA.—¡Ya está bien, Conchita! ¡No me calientes! ¡Baja!

RUTH.—No.

EMILIA.—¡Que bajes!

RUTH.—No me da la gana.

EMILIA.—¡Baja o subo yo a buscarte!

RUTH.—A ver si te atreves, púa, más que púa.

EMILIA.—¿Qué me has llamado?

RUTH.—¡Púa! ¡Cara de cerda!

EMILIA.—Repite eso.

RUTH.—Cara de cerda, so cerda. Vaca vieja, fea...

EMILIA.—Baja o subo y te arrastro.

RUTH.—Atrévete.

EMILIA.—No perdamos la compostura. Intentemos conversar como dos personas civilizadas y bien educadas...

RUTH.—¡Mamarracha! ¡Chocho viejo!

EMILIA.—¡Baja ahora mismo! ¡Baja o subo y de un bofetón te pongo patas arriba! ¡Baja, hereje!

RUTH.—¡Inténtalo! ¡No puedes, soy un ectoplasma!

Pausa larga. EMILIA resopla y da vueltas. Desde arriba se escucha a CONCHA cantar.

EMILIA.—Calma, serenidad. La pobre no tiene culpa... la pobre bastante tiene con su historia... Tengamos generosidad y paciencia. Al fin y al cabo ella ya no existe y yo sí.

CONCHA continúa cantando con evidente doble intención.

EMILIA.—Mala idea que tiene la niña. Pobrecita para lo que quiere... loquita y muertecita para lo que le interesa... el cuento de la pobre cojita... El fantasma cojo de las narices... qué perra que le ha entrado con la dichosa canción. Pero calma... no caigas, Emilia, no caigas en su provocación... es lo que quiere, provocarte, hacerte descender a su nivel... Solo eso me faltaba... aquí, discutiendo con un personaje, con una muerta,

como si fuésemos dos verduleras de La Latina... no, hija, no. Silencio. Mi respuesta a tu provocación va a ser el más sepulcral silencio. Sepulcral, como la tumba en la que deberías estar encerrada y no saliendo para venir a darme la matraca. Como agarre a Francisco lo machaco. Chitón, neniña.

CONCHA continúa con su canción durante unos segundos. EMILIA se sienta en un escalón y contiene hasta la respiración. CONCHA se calla. Llama.

RUTH.—Oye... oye, ¿aún estás ahí? Contesta: estás ahí, ¿verdad? No me asustes... Emilia... Contesta... ¿Te has marchado y me has dejado sola? ¡Emilia! No me asustes, que ya sabes que la soledad me da mucho miedo. ¡Emilia! Que si no me convocáis me vuelvo al limbo... ¿Estás ahí?

Se escucha un traqueteo desigual descender por la escalera. CONCHA baja apoyada en una muleta. Le falta una pierna.

RUTH.—¡Emilia! ¿Te has marchado? Emilia... que tengo miedo.

CONCHA baja. EMILIA la espera sentada en la escalera.

EMILIA.—¿Ya te has calmado?

RUTH.—Perdóname.

EMILIA.—Has sido muy desconsiderada y muy cruel, Conchita, muy cruel.

RUTH.—Es la soledad del sepulcro, que me vuelve mala. Me entra un no sé qué que me revuelve toda por dentro y solo tengo ganas de fastidiar a los vivos. Igual es por envidia, qué sé yo... No sé... mi alma era blanca, Emilia, pero han echado en ella tanta porquería y la han pisado tanto que si no se ha vuelto negra del todo, por lo menos está sucia y magullada.

EMILIA.—Sí, hija, sí... pero eso no justifica...

RUTH.—Ya, ya sé... él estaba harto de mí, hacía todo lo posible para que yo lo comprendiese y lo dejara en paz. Y yo lo comprendía; pero él era para mí todo en el mundo. Si hasta me he hecho judía por él, para fastidiar a todos los que le atacaban, para que rabien y se chinchén...

EMILIA.—No llores, hija, y, sobre todo, no sorbas los mocos, que en un fantasma es una cosa muy fea...

RUTH.—Él era para mí el único, le he entregado mi alma y vida. Él me abandona y me desprecia... si estoy aquí no ha sido porque él quiera despedirse. Ha sido por una equivocación de Francisco, eso seguro.

EMILIA.—No, hija. Te ha llamado a ti. La que está aquí por pura casualidad soy yo.

RUTH.—¿Tú?

EMILIA.—Sí, yo.

RUTH.—¿Y cómo lo sabes?

EMILIA.—Porque yo estoy viva, neniña. Yo estoy viva y a los vivos no se nos convoca. A los vivos se nos manda un telegrama o se nos llama por teléfono, que es una cosa muy moderna.

RUTH.—¿Entonces?

EMILIA.—No sé, esto es muy extraño. Creo que me he debido de quedar dormida. Lo último que recuerdo es estar trabajando en mi escritorio, allí en el pazo... lo siguiente ha sido encontrarme aquí... persiguiéndolos a todas por estos pasillos, a cientos de kilómetros de mi casa. A lo mejor es que la que tiene ganas de despedirse de él soy yo y me he hecho un viaje astral de esos de campeonato.

RUTH.—¿Tú crees, entonces...?

EMILIA.—Sí, queridíña. Te ha llamado. Claro que te ha llamado. Hazme caso, que más sabe el diablo por vieja que por muerta.

RUTH.—Pero... pero qué va a pensar cuando me vea... estoy sin arreglar... han pasado muchos años... debo de estar hecha un adefesio.

EMILIA.—No, hija, adefesio soy yo. Tú siempre fuiste un precioso cadáver.

RUTH.—Ay, Emilia... no sé qué tengo, pero cuanto más muerta estoy más ganas tengo de luz, de flores y de alegría.

EMILIA.—Qué me vas a contar... De todas maneras no te vayas a creer que él está mucho mejor. Parece más muerto que tú... y muchísimo más viejo que nadie.

RUTH.—No me importa.

EMILIA.—Pues vamos a buscarle, hija... venga, no tardemos a ver si se nos va a hacer tarde, que yo tengo que volver. A ver si me voy a despertar y me quedo sin despedirme, vamos, hija, vamos...

LORENZA

Un músico interpreta retazos con una viola (parte de la viola del «Quinteto de cuerda en do mayor» de Beethoven)

LORENZA COBIÁN, con un pañuelo largo y grande.

—Antes de arrojarme al tren he querido leer todas tus novelas, canarión mío, una a una, letra a letra, pasmo a pasmo. Pero les ruego no digan a las autoridades que estoy aquí. Si me encuentran, me van a soltar un sermón acerca de las bondades

de la vida. Son muy pesados estos alguaciles, y se empeñan en convencerte de lo que está bien y de lo que está mal y no te dejan ni respirar. Me han encerrado aquí para que no me dañe, dicen, para que no me dañe. ¿Y las lesiones que ya me ha producido la vida? Si mi vida es una herida abierta, ¿quiénes son las autoridades para impedir que yo me quiera curar? No me conocen, no saben que conmigo han pinchado hueso, ¿verdad, mi amor? Tú me enseñaste a leer, vientre mío, y ahora soy Finea y quijota y asturiana y si no me arrolla el tren hoy mismo, mañana me lanzaré al vacío desde algún puente, o degustaré con ansia algún veneno o acariciaré mis venas con un delicado bisturí. Oh, qué bella muerte, qué definitiva consagración, mi dramaturgo, arrojarse desde aquí al patio de butacas en plena representación. Ay, no me delaten, por favor, que Dios tiene que tener un sitio donde acoger a las suicidas. Y digo yo que poco les importará a ustedes la suerte de mi persona si hasta hace unos minutos nada sabían de mi existencia. Antes de todo, tengo que verte, porque me has llamado. Si estoy aquí ahora es porque te estoy buscando. Y te estoy buscando porque me has llamado. Escucha, mi hombre de letras, escucha: en esta redoma ebria (*se toca la cabeza*), —¿es buena la metáfora, mi maestro?— braman miles de tus páginas, todas ellas ejemplares: ¡Ey, amigo Manso, cobíjame en tu fresca sombra y no digas miau que aunque yo no sea perfecta no merezco tu tormento, porque soy audaz y más triste que Tristana y una pizca más guapa y mejor formada que la pobre Marianela. ¡Ey, señor León Roch, yo soy la loca de la casa, y por ello pido misericordia, valiente Nazarín, y brinco como la de Bringas; Jacinta, no te dejes engañar pues perderás tú Halma, Casandra... Vaya incógnita, no soy caballero encantado, siempre me ha gustado lo prohibido, ¿tengo yo algún mal, doctor Centeno, ya que no es usted doctor ni ná? Se me ha caído la novela en el tranvía, ¿estoy desheredada, señor Torquemada? Voy a tomar un litro de aguardiente en la fontana de oro, y estaré en la gloria, a su lado, señor Guerra, ¿es usted mi abuelo? Fortuná, Fortuná, ¿dónde estoy, fuera o dentro de la realidad?

Quiero acabarme porque no soporto el latido del tiempo. De verdad que no. Me tortura el mecanismo incomprensible del tiempo, su terrible monotonía, ayer, hoy, mañana, ahora, después, luego, antes, ayer, hoy, mañana, ahora, después, luego, antes, siempre, nunca, cuándo, y más aún, la caída del sol, en las tardes larguísimas de otoño. Y tengo una soledad que ahoga mis sentidos, como de gaviota muerta en la playa, y ahora sonrío por nada, y mañana ya no sé si alguien me ve, y gesticulo ayer, y nadie me ve, y siempre hablo, y nadie me ve, y cuando grito, nadie me ve...

A través de mí, mi amor, canariote grande y bello, porque entraste en mi asturiano vientre, a través de mí, te vas a prolongar más allá de tu tiempo y del mío. Y algo de mí viajará contigo, particulitas de mí, digo. A lo mejor si alargo mis manos puedo rozar algún día al hijo de la hija del hijo de nuestra hija. Y ahora, o ayer, o mañana, o cuando quieran ustedes, si son

tan amables, váyanse a dar un paseíto porque tengo que ver a mi amado, y después darle un uso importante a este pañuelo. Me voy a suicidar.

SISITA

Un músico interpreta retazos con un violín (parte del violín del «Quinteto de cuerda en do mayor» de Beethoven) pero con un marcado tinte caribeño.

SISITA *acompaña con un güiro o unas claves. Baila para ella misma, sin el menor sentido del espectáculo.*

—¿Alguien le ha visto? No puede andar muy lejos. Estoy segura de que me ha llamado. Podría reconocer su voz aunque me encerraran en un baobab y me arrojaran al fondo de un lago... ¿Qué habrá sido de él en todo este tiempo? ¿Cuánto tiempo? De estos años, ¿alguien me puede dar noticia de él? Yo no sé nada de él, porque no sé qué fue de mí. ¿Llegó a escribir alguna crónica en los periódicos? ¿Publicó alguna novela? ¿Triunfó en el teatro? ¿Alguien me lo puede decir? ¿Alguien me puede decir si fue feliz? Cuando nos deslizábamos entre los cañaverales con la ropa empapada de sudor sí éramos felices. Y cuando dábamos de comer a los gatos pescado crudo o caminábamos varios kilómetros contando todos los lagartos que veíamos. Algunas veces sorprendíamos a los pulpos en las rocas con su botín de aros y anillas pegados a sus tentáculos e intentábamos quitárselos, yo, por las bravas, él, con razones de todo tipo. Me moría de risa oyéndole decir a un pulpo que la riqueza del mundo había que compartirla. Un día un pulpo debió rendirse a su cháchara muerto de aburrimiento y le pudo sacar una perla. Era una perla baratucha, como del pendiente de una muñeca, que a mí me pareció un tesoro cuando me la regaló. Y también éramos felices cuando nadábamos hasta muy adentro del mar, muy adentro, hasta que él se asustaba y me decía casi sin aliento que nos volviéramos, y yo le invitaba a seguir un poco más, y él me suplicaba que regresáramos, y cuando ya no podía aguantar yo su angustia me sumergía un buen rato, un minuto o más, y cuando sacaba la cabeza era para encaminar mis brazadas hacia la playa, y él detrás de mí, exhausto, pero con la suficiente energía para insultarme y decirme que me iba a matar cuando llegáramos a la orilla, a la que yo llegaba un buen rato antes que él, y me quedaba tumbada, exhausta también, extenuada de felicidad. Luego llegaba él y me insultaba en español un buen rato, y según se le iba pasando el enfado me acababa insultando en inglés mientras me arrojaba arena a la cara y yo me moría de risa y luego me obligaba a jurarle que no volvería a hacer eso nunca más y yo le decía a todo que sí y luego nunca le hacía caso en nada. Y éramos felices. Y nos gustaba jugar a escondernos el uno del otro entre las rocas grandes donde rompía el mar, y quien primero encontraba al otro era su amo durante una hora entera. Yo le pedía que robara frutas de algunas casas,

plátanos, peras, melocotones, y luego nos las comíamos, él de mi boca y yo de la suya, hasta casi rozarnos los labios, con la ropa empapada de agua, sal y deseo. Él me pedía cosas que... mejor no les voy a contar. Me lo guardo para mí... Una noche de luna llena nos metimos desnudos en el mar, estábamos a varios metros el uno del otro. Yo le tendí mi mano, invitándole a acercarse. Él se acercaba y me decía «espero que no se te ocurra ahora ponerte a nadar como un loca porque no te pienso perseguir» y yo le tendía mi mano. Así se aproximaba él, así me alejaba yo. Así, minutos. Muchos minutos. La luna me dejaba ver aquellos ojos rasgaditos, mi chinito, y su mano que casi tocaba ya la mía, yo era dueña de esa distancia, me alejaba, le dejaba acercarse, me alejaba un poco, se acercaba mucho, se acercaba más y me alejaba un poco, hasta que por fin alcanzó mi mano, y la acarició, y entrelazó sus dedos con los míos, y creí oírle respirar, o tal vez era el mar, que se relamía, no lo sé, pero algo ardía dentro de mí, mi cuerpo era un tizón de fuego y él se acercaba despacio, y yo sucumbía, y sus ojos achinaditos como dos ascuas que me bebían, y sus brazos que me envolvían, sus manos de agua ardiente que me lamían, hasta que me fundí con él... Al día siguiente me contó que su madre ya lo había arreglado todo para que se fuera a Madrid a estudiar Derecho. Y derecho se fue para allá... Ni siquiera sé ahora si mi vientre guardó un rescoldo de aquellos días felices. No lo puedo saber, no lo puedo recordar... Y me gustaría haberme quedado para siempre en aquella mar, fundida con él. Ahí se tenía que haber acabado el mundo. ¡Zas, final del Tiempo! Dicen que hay muchos amores, pero solo hay un primero. ¡Y ha pasado tanto tiempo! ¿Alguien me puede decir qué fue de él? ¿Amó mucho? ¿Escribió? ¿Es prescindible lo que nos legó? ¿Vivió mucho? ¿Acabó encorvándose sobre un bastón? ¿Alguien me puede decir si fue feliz? Yo no lo puedo saber porque yo no existo. Pero yo poco importo. Yo solo existo a su lado. ¿Sabe alguien si alguna vez me mencionó? ¿Si alguna vez me recordó? No puede andar muy lejos. Estoy segura de que me ha llamado. *(Y tal y como la encontramos vuelve a cantar y bailar sus sonos cubanos.)*

EL SEÑOR CIRCUNSPECTO

Un músico interpreta retazos con un cello (parte del cello del «Quinteto de cuerda en do mayor» de Beethoven.)

—Buenas tardes. Un minuto nada más. Esto que tengo que decir es de vital importancia. Nos jugamos mucho. No se esconda usted, don Benito. No he sido invitado a esta fiesta de despedida, lo sé. Pero espero que después de mi visita se sienta usted reconfortado. Sus ideas me son tan ajenas, a veces tan incompresibles, a menudo tan irritantes, con frecuencia tan insoportables, como lo serán las mías para usted. Desde esa certeza, desde esa íntima convicción, considero que mi visita es un acto de generosidad por mi parte. No le voy a pedir un imposible. Le voy a pedir solo un gesto. Y después me iré por

donde he venido. Sé que no soy bien recibido entre los suyos. Y entre los suyos yo tampoco quiero nada. Le deseo un feliz viaje, don Benito. Y por mucho que se esconda usted, sé que mis palabras llegarán a sus oídos. Decirle, simplemente, que me conformaría con que usted tuviera un gesto de arrepentimiento. Nada más. Solo un gesto de contrición y yo y muchos compatriotas nuestros dormiríamos más tranquilos. Incluso usted, me permito decirlo, incluso usted, tiene derecho a esa reconciliación, incluso usted, don Benito Pérez Galdós, que ha zaherido como nadie a esta nación nuestra que se llama España y que usted dice amar. ¡Me cisco yo en su amor a España! ¡No se puede amar aquello que al mismo tiempo se maltrata! ¡Permítanme el oxímoron! La nación española no puede permitirse acoger en su seno a aquellos que la quieren destruir. He aquí el peligro de su existencia, don Benito, y el peligro de que su obra perdure: que dice usted amar a España. ¡Vaya manera de amar a España! ¿En qué obra suya, incluso en la más leve, no hay un dardo envenenado dirigido al mismísimo corazón de nuestra fe católica? España lo es por su fe. España, o es católica, o no es. Y usted ha zarandeado con sus fábulas los cimientos de nuestra tradición, de nuestra historia y de nuestra civilización... ¡Qué comprensivo se muestra usted con esas otras confesiones apócrifas! ¡Qué respetuoso y tolerante! Meta en su casa a esos hebreos marroquíes que tanto le gusta hacer hablar en sus novelas... Llévelos a su villa de San Quintín, don hombre bueno. ¡Qué buena persona es don Benito y cuán compasiva es su mirada para con el ser humano! Para con los menesterosos, los desharrapados, los desgraciados e incluso con los obreros revolucionarios. ¡Métalos en su casa y deles de comer, a ver lo que tardan en degollarle! Usted ha ido de la mano a nuestro glorioso parlamento con los enemigos de nuestra nación, sí, señor Galdós, sí, con los enemigos de España, de la fe católica y de nuestra monarquía. Y he de recordarle que para nosotros, españoles con orgullo y por siempre, españoles hasta el llanto, españoles hasta la muerte, usted ha maltratado, de una manera consciente, empecinada y machacona nuestra esencia y nuestro ser. ¿Talentosamente? No lo discuto. Por eso duele tanto usted. No es usted cualquier hombre, no, señor, es usted una gloria nacional. ¿Equivocadamente? Desde luego que sí. Usted no ama a España, no, señor. Usted solo ama esas patrañas ideológicas que enferman su mente, usted solo ama su ego, y su cuenta bancaria, don Benito Pérez Galdós. Y el daño que nos hace es inmenso. Si de mí dependiera, y sin dudarlo ni un segundo, quemaría todos sus libros, y a usted le encerraría bajo siete llaves. ¡Poner a la mujer a la misma altura que el hombre es una enajenación, una aberrante idea que daña más a las mujeres que a los hombres! ¡Qué podemos esperar entonces, verlas de ministras y aun presidiendo las naciones! Porque robarle la feminidad a la mujer es atrofiarla, su supuesta igualdad con el hombre es peor que matarla, porque la mujer es y existe en tanto que perfecto complemento del hombre, adorno, ternura, delicadeza, hogar, flor y vientre. ¿Se nos acusa de intolerancia? ¿Y qué? Quien tanto urde, quien tanto amarga, quien tanto enoja, quien tanto miente y quien

tanto ultraja, merece la exclusión, el desprecio y el olvido. ¿Se arrepiente usted? Conteste, ¿se arrepiente usted?

SEGUNDA PARTE

BENITO PÉREZ GALDÓS

En un butacón, que luego veremos que se desplaza sobre ruedas. Lleva gafas oscuras. Habla, al principio, con una especie de mascullar imperceptible.

—¡Madre mía! ¡Qué bajón he dado! ¡Qué bajón! ¡Y cómo huele a cripta, a columbario, y a la vez a bodega de Neptuno y a tripas de cherne y albacoras! ¿Dónde me has metido, tú, demenciado? Te dije que quería acabar mis días en un teatro, locuelo, en un coliseo, no en esta cochiguera mohosa, en este antro tuberculoso que hiede a desagüe y triquinosis... Oigo voces por todas partes... Están ahí, están ahí, y yo encerrado en este antro. Madre mía, la vejez, ¡qué hija de puta es la vejez! Y todas me resultan voces familiares... Tal vez el diapason de mi entendimiento tampoco esté ya muy afinado, pero hay algunas cosas que no se me van a despintar ni vivo ni muerto, ni loco ni cuerdo... esas voces... Desde que casi no veo oigo como un tísico, pero a la vez me siento observado por miles de ojos, por multitud de ojitos de samas, viejas, pejeverdes y bocanegras... ¿Dónde me has encerrado, orate sin fondo? ¿Estoy condenado a galeras por la eternidad? Tengo frío, Francisco, mucho frío. ¿Por qué te has llevado mi manta, canalla desquiciado? ¿Por qué me tengo que morir... hoy, aquí, así? Te pedí dos favores, abade barbudo, te pedí únicamente dos favores en este trance tan... tan... irreparable. Únicamente dos favores. Uno, el sumergirme en las entrañas de un Teatro, entre sus goznes y recovecos, deslizarme por sus hombros, entre sus bastidores y patas, admirando sus bambalinas y plafones, su peine, sus arlequines, su chácena, su estrada... y el otro, compañía vieja, mis presencias del pasado, mujeres, amigas, amantes, madre... algo que ahora solamente tú puedes proporcionarme... ¿Dónde me has traído a morir, congrio sin juicio, calamar, peje tostón? ¿Por qué me haces sentir como una cucaracha vieja, ciega y moribunda, solo en el rincón más infecto del universo? Y están todas ahí, lo sé porque las estoy escuchando, porque las reconozco. Ay, Dios, qué bajón, qué caída ya irreparable. Las mil deliciosas sonrisas que degusté por aquellas calles de Madrid, aquella ciudad a la que nadie dice amar y que tanto amor nos da y donde tanto he amado... ¡Y mis tardes crepusculares en aquella bahía de Santander, remanso del mundo, abrigo, paz, descanso, hogar! Ay, Vegueta, ay, mi barrio de Triana y mi barranco y mi calle Cano... Si no vine más fue para que no me mordiera la morena del dolor... Sí, y porque estabas muy lejos, diantres, por eso también, y mi ambición encontró más huecos por donde colarse en los rotativos y editoriales madrileños, claro está... Pero siento en canario, vivo en

canario, hablo canario, soy canario... Ah, no, cantar no, soy canario pero no me pidáis que trine... Creo que allí donde puse mis manos atemperé el frío, este frío que ahora tanto me muerde, y claro que hay dentro de mí torrenteras de amor y simas profundas de ambición y espinas de sangre y lucha, pero siempre preferí templar la mano que blande el cuchillo, y extender sobre el mundo en llamas una mirada serena, dolorosa muchas veces, justa, equilibrada. La mirada de un europeo que nació en África. La mirada de un ser que nació en un terruño afortunado... Me agoto, Francisco, me... extingo. ¡Y tengo frío! ¡Sácame de aquí, botarate! Me obligas a hablar de mí y no me gusta hablar de mí. Para eso me hice novelista, para ser yo detrás de otros. Tengo mucho frío, Francisco, maldito sea el momento en que te dejé entrar en mi casa... ¡y te dicté mis obras!... ¡Madre de Dios, madre de Dios...! ¡A saber lo que habrás escrito, tú, enajenado, en esas cuartillas! ¡Quiero decirle al mundo que todo lo que he escrito en estos últimos tres o cuatro años no es obra mía, sino de un neurótico, un perturbado obseso, un chalado maniático! Sácame a ver el mar, hijo de tu madre, el mar abierto, donde huele a sal y a azul, maldita sea, y a horizonte y a lontananza y a arena, y no a esta tortura de inmundicias, aquí huele a desperdicio de pámpanos y medregales y huele a escoria y a tubería y a heces de malos actores y un poco a muerte y a tedio, y a detritus de pejines, gueldes y longarones. Y ellas, ¿dónde están? ¿Por qué no vienen, si tanto me querían? Dicho todo esto, repito, con mi dulce, serena y equilibrada mirada canaria: *(Lo grita, claro está.)* ¿Alguien me puede traer una manta? *(Y tras el esfuerzo se queda dormido.)*

Entra un HOMBRE. Reconocemos en él al SEÑOR CIRCUNSPPECTO, pero ahora es otro ser. En un lateral los cinco músicos ejecutan, esta vez todos juntos, el «Quinteto en do mayor» de Beethoven.

HOMBRE.—*(Al auditorio, como si pronunciara un discurso en las Cortes:)* Queremos que una legalidad común, por todos creada, tenga implícito y constante el respeto de todos. Queremos que el encargado de observar y hacer observar la Constitución no sea su enemigo irreconciliable. Queremos que las causas que influyan en las supremas resoluciones las podamos decir en voz alta delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas.

EL HOMBRE cambia de voz y de ademanes, como si su alma hubiese cambiado, agita con brío un abanico imaginario.

Cállese ya, cállense todos, se lo ruego, madre, usted la primera. ¡Silencio!

EL HOMBRE se vuelve a transformar, retoma los ademanes y la voz anteriores, que parecen corresponder al GENERAL PRIM.

PRIM.—Queremos vivir la vida de la honra y de la libertad. Queremos que un gobierno provisional que represente las fuerzas vivas del país asegure el orden en tanto que el sufragio

universal echa los cimientos de nuestra regeneración social y política...

EL HOMBRE se vuelve a transformar en la que sin duda es ISABEL II, abanicándose con fuerza, presa de tremendos calores.

ISABEL II.—Dejen de hablarme como si yo fuera lela. Al fin y al cabo soy la reina de España desde que tengo 13 años... Madre, este hombre que me habéis metido en casa no me divierte nada, a su lado todo me agota... Con la de príncipes que hay en Europa y me tenéis que casar que este pan sin sal... ¡Paquita Natillas! Me acusan de mi desbocada pasión por los hombres, pero yo creo que a mi marido aún le gustan más. Y además es espía, intrigante y mezquino. ¡Y mea sentado!

Regresa PRIM.

PRIM.—Tenemos que promover la modernización y la democratización de la vida pública, establecer la monarquía democrática, la separación de la Iglesia y el Estado, la libertad de expresión, reunión y asociación, el sufragio universal, la abolición de la pena de muerte y de la esclavitud, la libertad de enseñanza, la unificación de la moneda y el juicio de jurados.

Otra vez ISABEL II.

ISABEL II.—¿Qué he de hacer? ¿He de resistir hasta que el gobierno acabe con los revolucionarios o abdicar en mi hijo Alfonso y exiliarme a Francia? ¡Adiós, España! *(Inicio de mutis mientras se despide con la mano y una profunda tristeza.)*

PRIM.—*(Volviendo.)* ¡Viva España con honra! ¡Viva la libertad! ¡Abajo los Borbones! *(Se lleva la mano al pecho como si hubiera recibido una sarta de trabucazos, emite un grito desgarrado.)*

BENITO se despierta con el grito de FRANCISCO.

BENITO.—¡Francisco! ¡Francisco!

PRIM.—Me han matado.

BENITO.—¿Qué estás haciendo, lunático?

PRIM.—Me matan porque todos querían reinar y yo he traído a un monarca italiano. ¿Quién me llama?

BENITO.—¿Pero quién eres ahora, chalado, demente, orate sin fondo?

PRIM.—Habéis matado a Juan Prim y Prats, Prats y Prim, Pim y Pam, pim, pam, pum... el presidente del Gobierno de España, canallas.

BENITO.—¡Franciscoooooo, o haces que Prim abandone tu cuerpo o te encierro en el manicomio de Leganés.

El HOMBRE deja de ser PRIM para regresar a su verdadero ser, que no es otro que FRANCISCO, el secretario de BENITO.

FRANCISCO.—¿Quién me llama?

BENITO.—Me muero de frío, Francisco. ¡Tráeme la manta, por favor!

FRANCISCO.—¿Quién sois?

BENITO.—Yo, Francisco, yo. Benito. Galdós.

FRANCISCO.—(*Poseído de nuevo por la reina ISABEL y abanicándose sin tregua.*) Ah, ya, ya, ahora me llamáis, pero bien que apoyasteis aquella siniestra revolución que me desterró para siempre.

BENITO.—Francisco, por favor, ¿quién te posee ahora?

FRANCISCO.—(*En ISABEL.*) ¡Caramba, Galdós, ustedes los escritores lo quieren saber todo!

BENITO.—Te desheredo. Lo juro.

FRANCISCO.—Oh, entonces seré *La desheredada*. (*Ríe su propia gracia, frescachona como una gallina chueca.*) Bien, Galdós, bien, me agrada su interés. Soy Isabel, la de los tristes destinos, la castiza. *Su Majestad Católica* doña Isabel II, por la Gracia de Dios y por la Constitución de la monarquía española, reina de las Españas.

BENITO.—Vaya por Dios, no podía ser otra.

FRANCISCO.—Pero como soy muy campechana puede usted llamarme simplemente Isabelita o gordi. Venga conmigo, le contaré muchas cosas, muchas: unas para que las escriba... otras solo para que las conozca. (*Empujando la silla de ruedas de BENITO hacia un lateral.*)

BENITO.—Como usted quiera, señora, pero tráigame la manta de una puñetera vez.

FRANCISCO.—Vayamos hacia aquella sala, allí podremos conversar tranquilamente, sin que nadie nos moleste. (*Salen de escena.*)

BENITO.—(*Off.*) ¿Y mi manta?

(*Se pierden entre las sombras. Inmediatamente se oyen voces por el otro lado. Entran SISITA y DOLORES.*)

SISITA.—¿Quiere usted sentarse?

DOLORES.—Sí, hija. Estoy muerta.

SISITA.—No hay donde sentarse. Pero salgo a buscar algo.

DOLORES.—No, no me dejes sola. Me recuerdas a una persona que conocí hace mucho tiempo y tengo una pena aquí dentro que me ahoga.

SISITA.—Yo a usted no la conozco de nada porque la acabo de conocer perdida por ahí pero al mismo tiempo me parece

que la conozco de toda la vida y siento que la quiero mucho, pero mucho, mucho. Me da la risa. Esto es una casa de locos en la que me gustaría quedarme a vivir. ¿Sabe, usted? Hay una mujer que les habla todo el rato a un grupo de personas, que la miran muy serios, de que se va a suicidar. Me ha gustado mucho escucharla, y sobre todo ver la cara de la gente, que yo creo que no tenían ni idea de quién era esa mujer que se va a suicidar. Y me lo he pasado de maravilla escuchando la bronca de otras dos mujeres. Una presumía de ser escritora y la otra... ¿Oye? (*Se oyen voces no muy lejanas, de los personajes que ya conocemos.*) Pero a mí a quien me gustaría encontrarme es a Benito... Fue mi primer amor... ¿Quiere usted que le hable de Benito? ¿Cómo se llama usted?

DOLORES.—Dolores.

SISITA.—Es un nombre muy triste. Yo me llamo con un nombre tan largo que ya no me acuerdo, pero todo el mundo me llama Sisita.

DOLORES.—Ay, ay, ay...

SISITA.—¿Qué ocurre?

DOLORES.—Nada, hija, nada. ¿Qué va a ocurrir? ¡Madre del amor hermoso...! Esto lo cuentas y no te lo creen... Pues mira que eres guapa, niña. ¡Sácame a que me dé el aire! Sin ti, mi hijo no hubiera sido mi hijo. ¡Sácame de aquí, por favor! Sin ti, mi hijo no hubiera ido a estudiar a Madrid, te lo digo yo, que sé de lo que hablo! Me ahogo de pena, niña, porque me gustas una eternidad, pero en aquel entonces yo no podía soportar los amores de mi hijo con una cría nacida en pecado y tan desvergonzada y tropical. ¡Ay, sácame de aquí, Sisita, sácame de aquí! Mi hijo se convirtió en un gran escritor, un mucho gracias a ti y un poco gracias a mí, muchos dicen que el mejor de su siglo, pero lo hizo a costa de herirnos en lo más profundo de nuestro corazón a las gentes de bien. ¡Por qué me tuvo que salir tan anticlerical, y tan republicano, y hasta socialista, madre del amor hermoso! ¡Socialista! Si lo llego a saber, si yo hubiera podido ver el futuro, le dejo contigo en la playa de Las Canteras y nos hubiéramos ahorrado tanta vergüenza y tanta ignominia... Ay, que no nos oiga nadie, Sisita, ven, acércate... Te voy a decir algo que nunca le he dicho a nadie... ¿Sabes la verdad? Pues que al mismo tiempo que te digo esto me muero de orgullo por él, y le quiero tanto, y le admiro tanto... ¿Por qué no me sacas de aquí, pequeña?

SISITA.—Porque no para usted de hablar.

DOLORES.—¿Y seguro que no te acuerdas de mí?

SISITA.—Yo no me acuerdo de nada.

DOLORES.—Porque te acabaste a los 28 años, mi niña. ¡Qué locuras tenemos que vivir los muertos! Óyeme, Sisita, óyeme bien: yo no quiero ser esa madre de Benito Pérez Galdós. Me niego. Yo no quiero ser doña Perfecta, no me gusta el perso-

naje, me resulta de lo más antipático. ¿Queda claro? ¡Sácame de aquí!

SISITA.—Vámonos. Me lo estoy pasando en grande.

(Salen. Entra por otro lado FRANCISCO empujando a BENITO en su butacón.)

BENITO.—¿No había aquí alguien hace apenas unos segundos?

FRANCISCO.—Sí.

BENITO.—¿Quiénes eran?

FRANCISCO.—Una señora muy tiesa y una niña pizpireta.

BENITO.—¡Ay! ¡Ellas! ¿Y dónde están?

FRANCISCO.—A saber. Le deben de estar buscando a usted.

BENITO.—¿Y por qué no vuelven? Si es que no das una, no se te puede encargar nada, hijo.

FRANCISCO.—Señor, yo no hice, ni más ni menos, sino lo que usted me ordenó. Si después de la sesión de espiritismo los muertos se nos han mezclado con los vivos y esto es un sindióis, ya no es responsabilidad mía...

BENITO.—Menudo escabeche.

FRANCISCO.—...Porque mire que se lo avisé, don Benito, mire que se lo avise. Le insistí, hasta ponerme pesado, que lo de la sesión no era una buena idea... O al menos no haberlo hecho todo nosotros solos... haber traído una buena médium, una profesional... A doña Margaret, por poner un ejemplo...

BENITO.—Sí, majo, estoy yo de tiempo como para esperar a que venga la doña Margaret esa... Y además, ¿a quién quieres que mande a buscarla? ¿A mi hija, que es una descreída? ¿A mi sobrino, que está que se ahoga con un pelo? No, no, no. Tú eres mi única opción, mi única oportunidad de dejar las cosas atadas antes de marcharme de este mundo. Así que no me fastidies.

FRANCISCO.—Si es que yo bastante tengo con lo mío, don Benito... que usted sabe mejor que nadie que bueno de la cabeza no estoy...

BENITO.— Sí, hijo, sí...

FRANCISCO.—...Y que yo, en materia de espíritus, tengo más voluntad que arte... que soy solamente un mero aficionado... un desgraciado, mejor diría... que sí, que me poseen y se pasean por mi cuerpo como Pedro por su casa, como si fuera una simple botella que se rellena y se rellena y se rellena... pero si ni soy capaz de controlarlos dentro cómo voy a controlarlos fuera... Y doña Emilia, que más que ayudar, estorba, que dice que todo esto de los espíritus son cuentos de vieja, pero ahí la tiene, discutiendo con una muerta a grito pelado como si nada...

BENITO.—Vaya desastre. Y a mí el tiempo que se me acaba.

FRANCISCO.—...Y ahí los tengo a todos, vagando por los rincones, a su señora madre y a su prima Sisita... Y a la mujer esa que se quiere suicidar todo el tiempo, Lorenza, que si la quitas del balcón para que no se tire, al momento se está colgando de la lámpara, si no es que se bebe una botella entera de sulfumán, que nos tiene a todos en un sinvivir porque no se ha enterado de que ya está muerta y así no hay manera de suicidarse... y también está doña Concha, o doña Ruth, o doña Tristona, o como quiera que se llame ahora esa muchacha, que ha tenido ya tantos nombres que me hago un lío... cantando sus letanías de hereje y enzarzada con doña Emilia, vaya usted a saber por qué, que están las dos hechas un basilisco, tanto que parece que a doña Emilia se le ha olvidado que es la única viva que hay en esta reunión y parece más difunta que la otra, de las locuras que dice y hace...

BENITO.—Nada, nada. Excusas que pones para no darme ese gusto.

FRANCISCO.—Que no, don Benito, que le prometo a usted que pongo mis cinco sentidos, pero las condenadas se me desbocan y como me dejo la tapa abierta se me mete dentro del cuerpo el primero que pasa, que ya lo ha visto usted, que llevo un día que no me aguanto ni yo.

BENITO.—Pamplinas. Y hazme el favor de ir a por la manta, que ya no sé cómo pedírtelo.

FRANCISCO.—(Cogiendo un papel que ha caído del... cielo.) Oh, aquí hay un telegrama: «a la muy ilustre academia de las bellas letras, Estocolmo, Suecia», dice así: «Indigno de un premio tan importante un escritor como don Benito Pérez Galdós, burdo, en exceso realista y crudo y absolutamente falto de fe». (Desde aquí y prácticamente hasta el final de la obra no dejarán de caer telegramas y postales.)

BENITO.—Oye... ¿Has dado de comer a Mariucha?

FRANCISCO.—Claro, pero esa corderita come mucho, señor, mucho, y se está poniendo como una oveja gorda, gorda como una oveja.

BENITO.—¿Y Polo?

FRANCISCO.—Juega todo el tiempo, cachorro es.

BENITO.—¿Y Napoleón?

FRANCISCO.—Un toro parece, con perdón, de lo fuerte y bravío que está. (Cogiendo otro telegrama. Lee.) «Que Galdós reciba el Nobel sería tanto como que el Nobel quede totalmente desprestigiado».

BENITO.—(Que sigue a lo suyo.) ¿Y Secretaria?

FRANCISCO.—Melosa y desquiciada, desde que se murió el gato no cesa de buscarle por todas partes. No entienden de la muerte estos pobres animales.

BENITO.—¿Quién entiende de eso?

FRANCISCO.—A saber.

BENITO.—¿Y mis gansos?

FRANCISCO.—Haciendo el ídem, señor. (*Cae otro telegrama. Lee.*) «Lamentable sería que un ser tan antiespañol recibiera el premio Nobel».

BENITO.—¿Y el abedul?

FRANCISCO.—Esbelto.

BENITO.—¿Y la encina?

FRANCISCO.—Sabia.

BENITO.—¿Y el roble?

FRANCISCO.—Recio.

BENITO.—¿Y el castaño?

FRANCISCO.—Acastañado.

BENITO.—Llévame a verlos.

FRANCISCO.—Usted no ve, señor.

BENITO.—Yo sé lo que me digo. Llévame con ellos.

(*Salen. Al instante entran, por otro lado, RUTH y EMILIA.*)

RUTH.—Pues sí, Emilia. Lo de actuar nunca me ha gustado mucho.

EMILIA.—¿Ah, no? Pues cualquiera lo diría con el tostón que le diste al pobre Benito para que te diera un papel.

RUTH.—No. Solamente era un medio para ser independiente, para no tener que estar a merced de ningún hombre, pero... con esta pierna de menos tú me dirás...

EMILIA.—Sí, hija, la verdad es que has tenido mala pata... Perdón, no he querido hacer un chiste, es una frase hecha.

RUTH.—No te preocupes, si me hago cargo. Daría la otra pierna por haber estudiado, y por haber sido un poquito escritora o un poquito pintora o un poquito cirujano... Sé, Emilia, sé que puedo aprender. Puedo observar los fenómenos de la naturaleza, puedo observar al ser humano, yo también, puedo impartir justicia y ejecutar leyes. Puedo ser la dueña de mi vida. No te quito mérito, desde luego... Según he oído eres uno de los mejores escritores de esta generación... Pero también habrá sido por tener posibles, digo yo. A ver si no de qué una mujer va a salir escritora.

EMILIA.—Escritora... y buena, muy buena. Porque mira, mona, aristócratas hay muchas, y ricachonas, muchísimas. Y

no todas salen buenas escritoras... es más, no recuerdo a ninguna.

RUTH.—¿Sabes qué me gustaría probar si volviera a nacer?

EMILIA.—No, ¿el qué?

RUTH.—A cantar, me gustaría poderme ganar la vida cantando... en un teatro, en un café cantante, en una barraca, en un tablao... Donde fuera, pero cantando. Me gustaría cantar y tocar el piano.

EMILIA.—Mira tú qué bien.

RUTH.—¿Quieres que te cante algo?

EMILIA.—No.

RUTH.—Por favor, Emilia. Me haría muy feliz tenerte como público.

EMILIA.—Bueno, una nada más. Y si veo que me levantas dolor de cabeza te lo digo y te callas.

RUTH.—De acuerdo. Una sola. (*RUTH canta «La golondrina»:*)

*¿Adónde irá veloz y fatigada
la golondrina que de aquí se va?
Oh, si en el viento se hallará extraviada
buscando abrigo y no lo encontrará.*

*Junto a mi pecho le pondré su nido
en donde pueda la estación pasar.
También yo estoy en la región perdido,
¡Oh, cielo santo! y sin poder volar.*

*Dejé también mi patria idolatrada,
esa mansión que me miró nacer,
mi vida es hoy errante y angustiada
y ya no puedo a mi mansión volver.*

*Ave querida, amada peregrina,
mi corazón al tuyo acercaré,
oiré tu canto, tierna golondrina,
recordaré mi patria y lloraré.*

EMILIA.—Oye... ¿sabes que me has hecho llorar, puñetera?

(*Salen las dos cogidas del bracete y por otra salida aparecen LORENZA y FRANCISCO.*)

FRANCISCO.—Señorita, le he dicho que no y es que no. Aquí no se corta las venas nadie, que me lo va a poner usted todo perdido. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

LORENZA.—¿Dónde está Benito?

FRANCISCO.—Se me ha perdido por culpa de usted. Andará por ahí. Ciego, desamparado, empotrado en algún decorado de ópera, atascado entre los telones o desvanecido en el camerino de la primera actriz. No se suicide usted, mujer.

LORENZA.—¿Y tú quién eres?

FRANCISCO.—Depende. *(Papel del cielo:)* «Es un escritor muy chato y doctrinario, que intenta hacer que el lector tome partido para terminar pensando como él. Muy por debajo de otros grandes escritores de su época. El Nobel sería una exageración».

LORENZA.—Bueno, no se puede gustar a todo el mundo.

FRANCISCO.—Voy a buscar a Benito. ¿Me promete que en este rato no se me va a suicidar usted y se me va a portar como Dios manda?

LORENZA.—Claro.

FRANCISCO.—No me lo creo.

LORENZA.—Hace estupendamente.

FRANCISCO.—Véngase conmigo.

LORENZA.—Creo que la madre de la única hija de Benito merece una confianza. ¿O no?

FRANCISCO.—Lo que usted diga mientras no atente usted contra su vida. *(Papel del cielo:)* Bla, bla, bla, me estoy empezando a cabrear. Ahí la dejo. *(Sale. Inmediatamente entra EMILIA PARDO BAZÁN.)*

EMILIA.—Disculpe.

LORENZA.—¿Por qué la tengo que disculpar?

EMILIA.—Bueno, mujer, por nada, son fórmulas de cortesía, no me disculpe, si no quiere.

LORENZA.—Sé perfectamente quién es usted.

EMILIA.—¿Ah, sí? Pues yo sospecho quién es usted. ¿Sabe usted por qué está aquí?

LORENZA.—Benito Pérez Galdós se muere. Su cabeza... flaquea. Digamos que se agolpan imágenes en su mente. Estamos aquí convocados por él, pero creo que él ya no es dueño de nada. Y no cabemos todos. Ni siquiera está nuestra hija, María, ni su ahijada Rafaelita, ni su sobrino del alma, ni la bendita Teodosia, que tanto le cuida... No están sus amigos: ni Pereda, ni Clarín, ni el doctor Marañón... No estamos en la casa de San Quintín, ni en la de la calle Cano, ni siquiera en la de Hilarión Eslava... Debemos estar patinando en alguna partecilla de su cerebro, y de su corazón... Benito Pérez Galdós se muere. Somos los últimos instantes de un ser humano. Somos el cosquilleo último del más escondido de sus pensamientos. Poca cosa,

pues. Un poco de agonía, miedo tal vez, tal vez liberación...

EMILIA.—¿Le puedo dar un abrazo? Le voy a dar un abrazo. Sentí muchos celos hace ya unos años. Muchos. Pero ahora le voy a dar un abrazo. *(La abraza.)* Ya está. Véngase conmigo, que me parece escuchar las toses de Benito por aquel lado.

(Salen EMILIA y LORENZA, mientras que por el lado opuesto entra BENITO.)

BENITO.—¡Francisco! ¡Francisco! ¡Tengo frío! ¿Dónde está la manta?

(Por el lado opuesto entra RUTH.)

BENITO.—¡Conchita!

RUTH.—¡Benito!

BENITO.—¡Conchita, te veo, no sé cómo pero te veo y se me llenan los ojos con tu presencia!

RUTH.—*(Con una enorme ternura.)* Pobre amor mío, qué chiquitito te has vuelto. ¡Qué viejo y qué acabadito estás, Benito!

BENITO.—No me mires, no quiero que me mires.

RUTH.—¿Por qué? Yo te quiero igual, te amo de todas las formas, Benito...

BENITO.—No digas simplezas, por favor. Tú no, que nunca fuiste tonta... ¡Francisco! ¡Francisco, sácame de aquí por favor! ¡No me mires, Conchita, te suplico que no me mires!

RUTH.—No te miro, te estoy bebiendo. No sabes la sed que he pasado durante todos estos años.

BENITO.—*(Tapándose la cara con las manos.)* ¡Francisco!

(Entra FRANCISCO con un telegrama entre las manos.)

FRANCISCO.—«Diálogos de un casticismo vacío. Realismo a palo seco y meramente ilustrativo».

BENITO.—Sácame de aquí, Francisco, por favor. Quiero volver a mi cama, esto no ha sido una buena idea.

FRANCISCO.—Si ya lo estaba diciendo yo...

RUTH.—¡No, por favor! ¡No te marches! Tengo tantas cosas que decirte...

BENITO.—Soy un cascajo, Conchita, ¿no te das cuenta? Soy un guñapo, un carcamal, una porquería, un viejo que huele a orines y no quiero que me veas así. Ya no soy yo, ¿lo entiendes?

(RUTH se agarra de la silla impidiendo que FRANCISCO se lleve a BENITO. RUTH es excesiva, teatral, patética. En todo recuerda a la diva que siempre quiso ser.)

BENITO.—No hagas el tonto y suelta, Conchita. Leche, que me sueltas, Conchita, que me vas a tirar. ¡Francisco, ayúdame! Ya está bien de hacer bobadas, estate quieta y vuélvete al limbo. ¡Déjame, cojones!

RUTH.—No quiero.

BENITO.—¡Que no puede ser! ¿No te das cuenta de que no puede ser?

RUTH.—¡No! ¡No te pienso dejar marchar otra vez!

BENITO.—¡Que no! ¡Suelta, te digo! ¿No ves que no puede ser? ...A menos que... a menos que... ¡Francisco!

FRANCISCO.—Ah, no, señor, que le estoy viendo venir.

BENITO.—¿A ti qué más te da? Es lo último que te pido...

FRANCISCO.—No, señor, ni muerto, nunca mejor dicho. La respuesta es ¡No!

BENITO.—Francisco, por favor, por favor...

(BENITO cae fulminado, como muerto. FRANCISCO, una vez más, cambia de alma.)

FRANCISCO.—Conchita, soy yo, Conchita. Aquí estoy.

RUTH.—¿Benito?

FRANCISCO.—Sí, soy yo. Aquí estoy, ocupando este corpachón. Quiero despedirme de ti como te mereces. Otra vez fuerte, otra vez joven. Como cuando nos conocimos, ¿recuerdas?

RUTH.—Benito... se me hace tan extraño.

FRANCISCO.—No podía despedirme desde ese despojo, no podía dejar que me vieras así, hecho una ruina.

RUTH.—Pero si a mí no me importa, mi amor... te amo tanto... no me importan los años, ni las arrugas, ni tu aspecto encorvado y minúsculo... te amo a ti, seas como seas, tengas la apariencia que tengas. Te amo grande o pequeño, con vista o sin ella, viejo, joven, niño... tú solo, tú. Mi amor, mi dulce, tierno, irremediable amor de mi vida.

BENITO.—Un beso, Conchita. Un último beso antes de la partida. No creo que pueda permanecer mucho más dentro de este cuerpo.

(RUTH y BENITO / FRANCISCO se abrazan y se besan.)

BENITO.—Noto cómo me abandonan las fuerzas. Me tengo que ir, Conchita. Perdóname, perdóname...

RUTH.—No tengo nada que perdonarte, mi amor. Gracias a ti tuve alas, gracias a ti pude disfrutar de otra vida, de otra libertad. Gracias a ti pude amar... y quedaré en Tristana para siempre. Seré Tristana y seré libre, Benito.

BENITO.—Adiós, Conchita. Noto cómo me apago. Me consumo, Conchita... Tengo que marcharme. Gracias por venir a despedirme. Gracias, muchas gracias por perdonarme. Dios sabe que te quise, a mi manera y torpemente. Pero te quise... Adiós, mi amor.

RUTH.—Adiós.

(Y FRANCISCO desaparece llevándose a BENITO en la silla de ruedas, dejando a RUTH anegada en lágrimas y desolada, mientras entran SISITA y LORENZA. Traen un montón de papeles. El escenario empieza a estar inundado de ellos.)

SISITA.—Aquí le acusan de «haber otorgado a la mujer unas dosis de protagonismo insólitas e inmerecidas».

LORENZA.—Aquí dicen de él que es «cansadamente pedagógico, excesivamente prolijo y aleccionador».

SISITA.—*(Al ver a RUTH.)* ¿Por qué te falta una pierna?

RUTH.—Me la arrancó Benito. Por mala actriz. Me dejó de querer cuando yo más le quería. Y yo me quería comer el mundo y tenía demasiada imaginación. Y una inteligencia que no podía caber en la cabeza de una simple mujer. Y mi castigo fue la locura y la amputación. Eso es lo que nos espera.

(Entran DOLORES por un lateral y EMILIA por el opuesto.)

DOLORES.—A ver, un poco de orden, por favor. Mi Benito se ha perdido. Le hemos buscado por todas partes y no está. ¿Alguno de ustedes... o mejor, alguna de ustedes le ha visto?

SISITA.—Mira, Emilia, esta es su madre. Doña Dolores, le presento a doña Emilia Pardo Bazán. Grandísima escritora y muy amiga de su hijo.

DOLORES.—Ah, ya, sí, mucho gusto...

EMILIA.—Dolores, querida mía. Que la zafia y banal tentación de la retórica no me impida agradecerle el haber traído al mundo a un ser como Benito Pérez Galdós.

DOLORES.—Poco mérito hay en eso, bien lo sabe usted.

LORENZA.—Soy Lorenza Cobián. Asturiana, y madre de su única hija, María. Ahí yo gano.

EMILIA.—¿Y quién compite?

(Se hace un silencio. Inmediatamente se oye mullar a FRANCISCO, que ha entrado y lleva ya un buen rato chapoteando en los papeles que inundan la escena, los lee, los arroja, se enfada, sigue leyendo, los rasga, suelta improperios, cada vez más fuera de sí, hasta que se transforma, de nuevo, en EL SEÑOR CINCUSPECTO.)

FRANCISCO.—(*Poseído por EL SEÑOR CIRCUNSPECTO.*) Decirle, simplemente, que me conformaría con que usted tuviera un gesto de arrepentimiento. Nada más. Solo un gesto de contrición y yo y muchos compatriotas nuestros dormiríamos más tranquilos. ¡Me cisco yo en su amor a España! ¡No se puede amar aquello que al mismo tiempo se maltrata! ¡Permitanme el oxímoron!

EMILIA.—¡Faltaría más!

CIRCUNSPECTO.—¿En qué obra suya, incluso en la más leve, no hay un dardo envenenado dirigido al mismísimo corazón de nuestra fe católica? España lo es por su fe. España, o es católica, o no es.

DOLORES.—Algo de razón lleva el hombre. ¿O no?

SISITA.—Calle, calle usted, que esto es divertidísimo.

CIRCUNSPECTO.—¡Qué comprensivo se muestra usted con esas otras confesiones apócrifas! ¡Qué respetuoso y tolerante! Meta en su casa a esos hebreos marroquíes que tanto le gusta hacer hablar en sus novelas...

RUTH.—¿Qué pasa con los hebreos?

CIRCUNSPECTO.—Llévelos a su villa de San Quintín, don hombre bueno.

SISITA.—Le va a reventar la aorta.

CIRCUNSPECTO.—¡Métalos en su casa y deles de comer, a ver lo que tardan en degollarle!

SISITA.—¡Qué risa, si hasta le sale una babilla por la boca!

CIRCUNSPECTO.—Usted ha ido de la mano a nuestro glorioso parlamento con los enemigos de nuestra nación, sí, señor Galdós, sí, con lo enemigos de España, de la fe católica y de nuestra monarquía. Y he de recordarle que para nosotros, españoles con orgullo y por siempre, españoles hasta el llanto, españoles hasta la muerte...

SISITA.—Yo soy de Cuba.

RUTH.—Y yo judía, don Fantoche.

CIRCUNSPECTO.—...usted ha maltratado, de una manera consciente, empecinada y machacona nuestra esencia y nuestro ser. Si de mí dependiera, y sin dudarlo ni un segundo, quemaría todos sus libros, y a usted le encerraría bajo siete llaves.

DOLORES.—Hombre, eso tampoco. Mi pobre niño.

RUTH.—¡Hipócrita!

CIRCUNSPECTO.—¿Se nos acusa de intolerancia? ¿Y qué? Quien tanto urde, quien tanto amarga, quien tanto enoja, quien tanto miente y quien tanto ultraja, merece la exclusión, el desprecio y el olvido. (*Durante estos últimos parlamentos*

ha entrado, triste, cabizbajo, hundido, BENITO PÉREZ GALDÓS. En su butacón de ruedas, anciano y ciego, con sus gafas negras, ausente, deliciosamente ausente.)

EMILIA.—¡Benito!

BENITO.—No encuentro a Mariucha..., mi corderita negra..., ni a ninguno de mis perros... Y ya no hay árboles en ninguna parte. Qué soledad, qué soledad tengo, yo que ya voy por el tercer perro enterrado... Me parece oír a lo lejos al viejo Beethoven. Tengo mucho frío, leches, mucho frío.

CIRCUNSPECTO.—¿Se arrepiente usted? Conteste, ¿se arrepiente usted?

RUTH.—Y si no, ¿qué? ¿Le vais a torturar? Si fuera hombre le sacudiría un puñetazo.

SISITA.—¡Eso, un buen *uppercut* con la izquierda y *knock out*!

CIRCUNSPECTO.—Arrepiéntase y todos dormiremos más tranquilos.

DOLORES.—(*Le calza un bofetón al SEÑOR CIRCUNSPECTO que literalmente le vuelve del revés.*) ¡Se acabó! Niño, trae ahora mismo una manta y deja ya de atormentar a mi pobre criatura.

FRANCISCO.—(*Volviendo a ser él.*) Oh, sí, señor, no se preocupe, si se arrepiente de algo, ya le mando yo un recado. ¿Estamos todos? Fenomenal. Pues que empiece la fiesta. ¡Música, maestro!

Se hace más perceptible la presencia del «Quinteto» de Beethoven. A partir de aquí comienza una especie de baile entre todos los presentes y el butacón de BENITO.

SISITA.—(*Desplazando el butacón de BENITO por la escena.*) Por fin juntos, Benito. Dice Lorenza que te mueres, así que si quieres pedirme algo, voy a buscártelo.

BENITO.—Tengo un frío de cojones y nadie me trae una manta...

SISITA.—Te voy a traer una manta, y nos vamos a esconder debajo de ella y vamos a jugar a que yo me he hecho también vieja y sacamos la cabeza de vez en cuando para que nos dé el sol y yo voy a acariciarte con mis dedos todito tu cuerpo de anciano y todos tus pliegues y tus arrugas y voy a paliar tus dolores de esa arterioesclerosis puñetera y cuando nos cansemos de acariciarnos y de mirar el mundo nos morimos y ya está.

RUTH.—(*Reemplazando a SISITA, con el «Quinteto» de Beethoven ganando presencia.*) ¿Qué música suena, Benito? ¿Toda la belleza del mundo la han compuesto los hombres? ¿Por qué yo no puedo escribir las novelas que tú no supiste escribir? ¿Por qué yo no pude pintar también los atardeceres

del Mediterráneo? ¿Por qué me duele todo lo que me rodea? ¿Por qué nos habéis sacado del mundo? ¿Por qué somos aquí un coro de mujeres adorando al escritor?

BENITO.—Alguien me podría traer una copita de ron, digo yo, una copita de ron miel, ya que nadie me trae una manta, que tampoco estoy pidiendo un funeral de Estado, una manta, rehostias, una copita de ron, con miel o si miel, una manta, una copita...

LORENZA.—(Reemplazando a RUTH, con el «Quinteto» de Beethoven ganando presencia.) ¿Quieres ver a tu hija? ¿A tus hermanas? Me conozco el terreno como la palma de mi mano... ¿Quieres que salgamos a dar un paseo por los años venideros, quieres que aprenda a escribir para poderme dictar los episodios nacionales de los años 30? ¿Y de los 40? ¿Quieres que nos aventuremos hasta finales del siglo XX e incluso meter los pies en el XXI?

BENITO.—A mí me gustaría meter los pies en una palangana de agua caliente, ponerme una manta por encima, tomarme un copazo de ron, dejar de hablar de mí, acariciar a mi perro y morirme de una santa vez...

DOLORES.—(Reemplazando a LORENZA, con el «Quinteto» de Beethoven ganando presencia.) Hijo de mi alma... Yo quiero que me escribas una nueva vida... Vamos, vamos a inventarnos que llegabas por la tarde de tus paseos por la playa o por la ciudad y me contabas tus planes y yo, mientras preparaba unos buñuelos, te escuchaba y asentía, y que entre bocado y bocado de la merienda me confesabas tus amores, que yo no quería escuchar y me tapaba los oídos, y que tú ibas a más y me contabas tu desapego de la religión, ay, qué daño, mi niño, qué daño, siempre tan aprisionadas, las mujeres, tan confundidas, hemos tenido siempre tanto miedo, mi rigor fue fruto de mi miedo, y sacaba el látigo cuando yo lo que quería era hacerte buñuelos y reírme contigo. Escíbeme una nueva vida, mi niño, en la que tu mamá Dolores sepa decir te quiero.

BENITO.—Pues ahora, en estos ratos muertos, sí que voy a tener tiempo para escribir... Ahora bien, si alguien de los presentes me trajera una mantita... Si yo sé que uno al final casca más solo que la una, si yo lo sé... pero, leches, tanto ajetreo con la butaca, que si esta, que si la otra, que si esto, que si lo otro, y nadie me trae una miserable mantita..., porque esa copa ya la veo yo como una quimera, y para qué hablar de la palangana...

RUTH.—(Mientras se desvanece.) Dios, lleno de misericordia, que moras en lo alto, en las alturas, otorga perfecto descanso bajo las protectoras alas de tu presencia Divina...

(Todos los personajes han ido desapareciendo. También ha desaparecido el «Quinteto» de Beethoven. DON BENITO está solo. Entra DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN.)

EMILIA.—Anda, ven aquí, miquiño. Te voy a poner en el centro... Eres el centro del universo....

BENITO.—¿Emilia?

EMILIA.—La misma que viste y calza. *Wait* un momento, *please*, que vuelvo enseguida.

BENITO.—Emilia, no me dejes...

(Sale EMILIA pero entra al instante con una palangana con agua.)

EMILIA.—¿Quién te deja a ti, mi ratonciño? Trae para acá esas pezuñas, a las que tantas veces he hecho cosquillas... (Mete los pies de BENITO en la palangana.) ¿Qué tal? ¿Ex-tasiado estás?

BENITO.—Gracias, amiga.

EMILIA.—Amiga, claro. Esta princesa galaica se conforma con lo que le quieras dar. (Saliendo de escena y volviendo a entrar inmediatamente, con una manta.)

BENITO.—Esta princesa galaica es la mujer que más he querido en toda mi vida...

EMILIA.—Yo valgo muy poco estéticamente considerada, pero he mareado siempre a los que se me acercaron... toma, minino, la bendita manta. (Le pone la manta sobre las piernas.)

BENITO.—Gracias, amor, ven que te bese...

EMILIA.—Espera, *wait a moment*, que no hemos terminado. (Sale y vuelve a entrar acompañada de un precioso perro, que se sienta al lado de BENITO.) Aquí tienes a Napoleón. (Vuelve a salir.)

BENITO.—Pero ¿dónde andabas, amigo de mi alma, que llevo buscándote toda... la muerte, dónde andabas?

(Entra EMILIA con una botella de ron añejo y dos copitas.)

EMILIA.—Se nos acaba esto, miquiño mío del alma, se nos acaba.

(Sirve las copas)

BENITO.—(Bebiendo, con sumo placer.) ¿Lo ves? ¡Esto es muerte, leñe, esto es muerte! ¿Bebes tú también?

EMILIA.—Ya lo creo. ¿Quieres besarme ahora? Pues te doy permiso para besar mi escultural jeta gallega. (Se besan.) Ya me contarás, dentro de nada, cómo es aquello.

BENITO.—No tengas prisa.

EMILIA.—Prisa no tengo, miquiño, pero achaques, un montón. ¿Tienes miedo?

BENITO.—Ahora no.

EMILIA.—¿Oyes el mar?

BENITO.—Lo llevo dentro de mí. Yo soy mar.

EMILIA.—Bien. Me voy, entonces.

BENITO.—Espera un poco mujer, qué prisas. Vamos a tomarnos la *arrancaïlla*.

EMILIA.— Ea, la *arrancaïlla*.

(Beben, muy lentamente. EMILIA le mira en silencio y luego sale de escena.)

BENITO.— Ya está, Emilia, ya está... Dile a Dios que pase.

OSCURO LENTO